

# La Gaceta Literaria

íberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMÉNEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCIÓN (España y Países del Convenio postal Hispanoamericano, 7,50 pts. Anual. Extranjero, 10,00 — 15 pts. la línea del cuerpo Pólizas de suscripción Descuentos trimestre, 10 semestre, 15", anual, 20 %)

ANUNCIOS DE TARIFA

Año V Madrid, 1 de Noviembre de 1931 Núm. 117

Redacción y Administración:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones en las principales librerías

3.1-1339

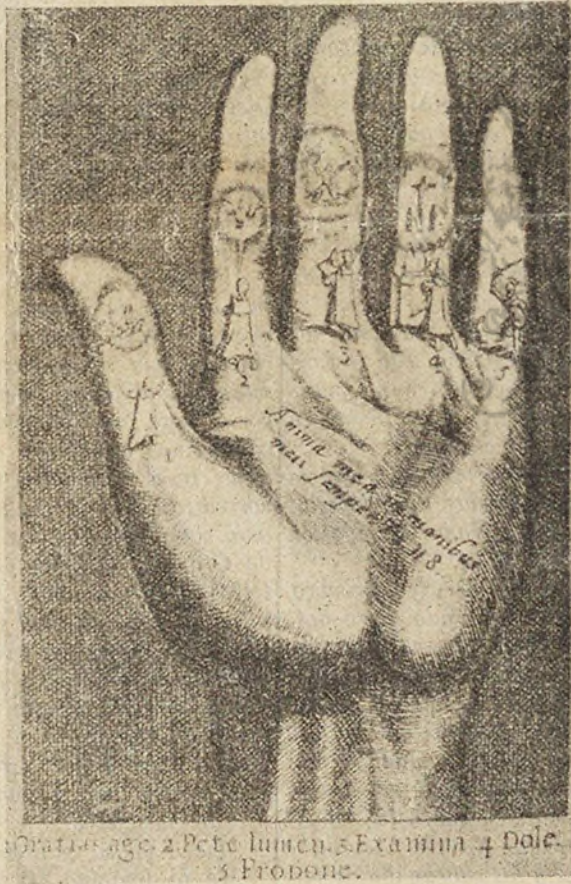
## Mi oráculo manual

## El Robinsón literario

## de España

(o la República de las Letras)

Núm. 3



Oratio age. 2. Pete lumen. 5. Examina + Dale. 3. Frodone.

Número especial

redactado íntegramente

por **Erneslo**

**Giménez Caballero**

Las manos en un Robinsón representan casi todo. Ya que hasta las ideas tiene un Robinsón que hacerlas manuales, manejables, para que le resulten eficientes. Recrear la vida a fuerza de manos. La mente se le transforma en brújula de las manos. Pues son las manos el instrumento elemental de su vida. Pero llega un instante, al atardecer, y mirando al mar sin límite, tras la fatiga de la jornada manual, en que, sentado bajo unas palmas, se encuentra el Robinsón las palmas propias de sus manos, ociosas. Descubre sus propias manos, en reposo, en inútil economía.

¿Cuál es la izquierda, cual la derecha?—se pregunta, perdida ya la noción laterálica, unidas como las tiene en único sentido cooperador de su vida, ambidestradas, unilateralizadas.

La mano derecha no le sirve más que la izquierda. La izquierda no le resulta menos noble que la derecha.

En la problemática de una existencia urgente y heroica, ambas manos depusieron toda rivalidad y aceptaron la disciplina de la ecuación, de la integración, del servir a un todo; a un sistema cerrado; a una vida en marcha totalitaria: la del Robinsón frente al Cosmos.

El Robinsón recordaba la lucha de sus manos—cuando vivía en sociedad—. En discordia con las manos de los otros hombres.

A veces, la derecha lo quería ser todo. Abogaba para sí haber sido la mano de Dios Padre Todopoderoso, la diestra, la mano a que se sentaba la divinidad. Privilegiaba para sí haber sido la mano de la espada, de la amistad, del constructor. Mano de rey—no mano de marinero, como la izquierda—. Y para resaltar sus prebendas insultaba a la otra, llamándola zocata, zamba, zurda, torpe, mano del diablo: mano siniestra.

A veces era la izquierda quien todo quería asumir en el sistema manual del mundo robinsónico. Invocaba el haber estado adscrita a Júpiter, el estar más cerca del corazón que la otra mano, el haber sido refugio de humildes y signo de habilidad.

El resultado de esta discordia de mis manos era el fracaso de todo servicio íntegro, la incompletez de las obras, el dejar manco todo propósito entero de mi voluntad corpórea.

Adopté entonces el método ignaciano, la gran experiencia tradicional, o sea: que lo que hiciese la mano derecha no lo supiese la izquierda. Y, al contrario, que lo que hiciese la izquierda lo ignorase la derecha.

Pero ese método me resultó falso. Cuanto más ocultaba la derecha sus quehaceres, más la izquierda los sabía. Y cuanto más la izquierda disimulaba los suyos, más la derecha se irritaba de saberlos.

La fatalidad de mi naufragio en esta isla hizo que la necesidad resolviese tal pleito. Hizo que, olvidadas las manos de sus particulares destinos, colaborasen conmigo fielmente en el cumplimiento de mi destino general, que era, a la postre, el suyo.

Un día, recorriendo esta isla de mi desventura, di en una caverna. Cuál no sería mi asombro al contemplar en las paredes negras unas manos estampadas ocre, rojamente. Era el rito rojo-negro de las manos prehistóricas, de mis antepasados los cavernícolas, que ya vieron en las manos un culto íntegro.

Y ello me hizo recordar lo que decía Virgilio de las manos enlazadas: *Junximos hospitio dexteras*. Y Tácito: *Dexteras concordia insignia*. Es lo que quiso luego realizar el gótico con su ojiva, dos manos en oración sobre un mismo pecho. Y lo que luego reconocía Goethe: *Eine Hand wäscht die andere*. Y lo que tras de la guerra—tras de los sistemas mancos, de política liberal o conservadora, izquierda o derecha, trabajadora o capitalista—quisieron realizar comunismo y fascismo, sistemas integrales, de manos a la obra, de "many hands make quick work", de "multae manus onrus levant".

También España supo algo de esto—como ahora el Robinsón lo sabe—cuando ante la necesidad de vencer o morir tuvo que poner sus manos en sistema de cuerpo, o corporativo.

Cuando frente al peligro luterano hubo de hacerse, no reformista, sino reformadora. Cuando frente al peligro moro hubo de hacerse no liberal, sino liberadora. Cuando frente al nuevo mundo, recién descubierto, tuvo que acoplarse—¡gran Robinsón, el de la gran España frente a la naturaleza virgen!—sus manos: la secular y la espiritual, el soldado y el misionero, el pueblo y la prez, para, entre las dos manos, mantener un mismo cuerpo, el imperio ineludible de una voluntad total.

¡Quién dijo de separar las manos! ¡De escindir la lateralidad del cuerpo y desdoblarse en guerra manual—civil—los servicios de ambos miembros!

El Robinsón, conmovido, contempla sus palmas fieles, adormecidas de trabajo, como doblegadas criaturas suyas que son, mientras cae la noche sobre la isla. Adormecidas de paz sobre el regazo corpóreo.

¿Cuál la derecha, cual la izquierda? El Robinsón ha olvidado sus nombres. Y las acaricia con los ojos, en lírico silencio, como acaricia un padre lo filial: lo indivisible.